

Capítulo 9

Después de entregar el examen, sonó la corneta del recreo, y Ramoní se acordó de que todavía llevaba el peligroso chupete en el bolsillo. Se acercó a Buu, pero el “perfecto” le dijo que no quería hablar con él.

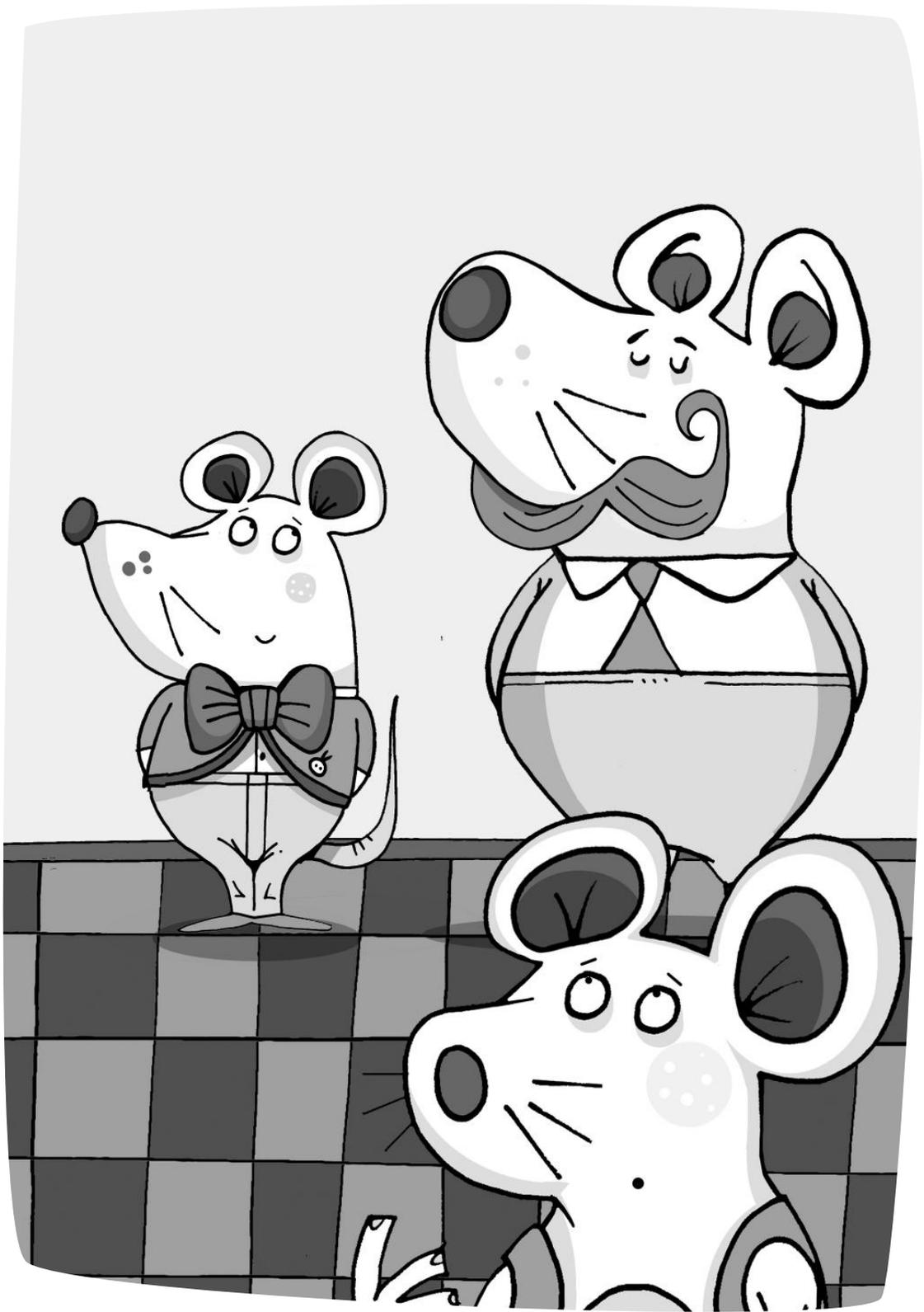
—¿Cómo que no querés? Este problema es tuyo.

—No. Ahora es tuyo —le dijo Buu y fue corriendo a pararse al lado del maestro.

Ramoní estaba tan enojado que pasó el recreo pateando la pared del fondo del patio y pensando cómo podía un ratoncito tan pequeño ser tan malo.

Durante la clase siguiente, Ramoní miraba a Buu con bronca y casi no podía escuchar al maestro. Tenía la mano en el bolsillo tocando ese chupete que tantos problemas podía traerle si alguien lo descubría.

En la mitad de la clase entró el Director. Los alumnos se pararon para saludarlo.



—Recibimos una queja —dijo—. Parece que en una casa, un Pérez que fue a retirar el diente de un niño, se llevó el chupete de su hermanito bebé. ¿Alguien sabe algo de esto?

En el aula el silencio era absoluto. Buu lo miró a Ramoní con una sonrisa pícaro en la cara, y él le tiró una patada por abajo del banco.

—Supongo, que alguno de los alumnos que han realizado su primera clase práctica se ha tentado para hacer una gracia. Quiero ese chupete sobre mi escritorio mañana por la mañana. Y debo advertirles que el que lo hizo quedará expulsado inmediatamente de la escuela.

Ramoní temblaba cuando el director salió.

—Tenemos que hablar —le escribió en un papel a Buu, pero este lo rompió sin leerlo.

Esa noche, Ramoní estaba tan preocupado que se fue a la cama sin comer.

—¿Qué te pasa hijo? —le preguntó el padre acercándose.

—Es que cuando uno hace las cosas bien, pero le salen mal... ¿Cómo se llama eso?

—Mala suerte —dijo el papá.

—¿Y cuando uno hace las cosas mal y le salen bien?

—Buena suerte.

—Bueno, lo que pasa es que yo tengo mala suerte y mi compañero de banco tiene buena suerte.

—¿Te digo una cosa? —preguntó el papá ratón acercándose a su oreja como si fuera a decirle un secreto— ¡A la suerte, hay que ayudarla!

Ramoní se acomodó en la cama y dijo:

—Una última pregunta: ¿acusarías a un compañero que hizo algo mal?

—Lo mejor es ser discreto —dijo el papá, y Ramoní no entendió.

* * *

Capítulo 10

El ratoncito pensaba hasta en sueños cómo ayudar a su suerte. Si hablaba con el Director y le decía la verdad, sería su palabra contra la de Buu. No podía olvidar que mientras él era hijo de un carpintero, Buu era el hijo de uno de los Pérez que lucían en los cuadros en la pared de la oficina.

Durante el desayuno, Ramoní estuvo más animado. Quizás ayudar a la suerte no fuera tan difícil y se le había ocurrido una buena idea.

Entró en la escuela ni bien abrieron la puerta y fue directo a la oficina del Director. Asomado por el vidrio de la puerta lo vio sentado frente al escritorio, escribiendo en su libretita roja. También vio, que mientras pensaba, el Director se metía el dedo en la nariz ¿No era que los Pérez jamás hacían esas cosas? Ramoní sacó de su mochila la cajita que había preparado especialmente y la dejó junto a la puerta de la oficina.

Después golpeó dos veces y salió corriendo, con tan mala suerte que al final del pasillo chocó con el maestro de matemática.

—¿Dónde va tan apurado, alumno?

—A a al baño...—tartamudeó el ratoncito.

—Y....¿de dónde viene?

En ese momento se abrió la puerta del Director. Los dos miraron cómo se agachaba para levantar la cajita y cerraba la puerta nuevamente.

El maestro vio que a Ramoní le temblaban hasta las orejas y dijo:

—Vaya al baño, vaya. No queremos ningún accidente más en esta escuela.

Ramoní se fue al aula aliviado. ¿Estaría el Director leyendo su carta? Porque dentro de la caja había guardado el chupete con una nota que decía:



**EL RATÓN QUE SE LLEVÓ EL CHUPETE ME LO
PUSO EN EL BOLSILLO. NO ME ANIMO A
ENFRENTARLO PORQUE SERÍA SU PALABRA
CONTRA LA MÍA Y LA MIA NO VALE MUCHO.
PERDÓN POR NO FIRMAR ESTA CARTA
UN ALUMNO**

Se había esforzado en cambiar la letra para que no la reconocieran.

Ya en la clase, seguía nervioso y distraído, cuando entró el Director. Después de saludar y recibir el “Buenos días” de los alumnos dijo:

—El tema del chupete ha sido resuelto.

Se oyó un murmullo de voces sorprendidas. Buu miró a Ramoní muy serio, como si tuviera derecho para enojarse.

El director habló en voz baja con el maestro y un alumno de la última fila se animó a preguntar:

—¿Quién fue el que robó el chupete, señor?

El director se molestó.

—La discreción, alumno, es fundamental en la vida de un Pérez. Le aconsejo que la practique hasta que la aprenda —dijo y salió tranquilamente por la puerta. Lo vieron irse por el pasillo, mientras abría su libreta roja.

En el recreo, Buu se acercó tres veces para preguntarle si lo había acusado. Ramoní no le respondía y se paraba al lado del maestro para evitarlo.

Pero como pasó el día y el Director no llamó a ningún alumno a su oficina para echarlo de la escuela, parecía que el problema se había resuelto bien.

En la última hora de clase, llegó el maestro que había tomado el examen sobre los dientes y repartió las pruebas corregidas.

Ramoní vio un 9 en su hoja. La única pregunta que había contestado mal, era la última.

—Te equivocaste con el número de dientes —le dijo a Buu. El “perfecto” levantó su hoja y le mostró un diez, grande y con tinta verde.

Tardó un momento en entender que Buu lo había engañado. Le sopló mal la respuesta para que se equivocara.

Ese ratón era imposible. Nunca había conocido a alguien tan, pero tan malo.

—Profesor —dijo rabioso— ¿puedo cambiarme de banco?

—¿Por qué motivo? —preguntó el profesor.

—Es que... es que...

—Que no se cambie, profesor —lo interrumpió Buuu— justo ahora que estamos conociéndonos mejor.

—No se cambie —dijo el profesor— ¿No ve que su compañero lo aprecia?

Ramoní volvió esa tarde a su casa tan molesto y agotado que se quedó dormido durante la cena.

—No puede con esa escuela —dijo la mamá acomodándole una almohada.

—Uno de estos días vuelve y dice que quiere ser jardinero —opinó el papá rascándose la cola.

* * *

Capítulo 11

Los meses pasaban y los alumnos se ponían más nerviosos. Sólo uno de la clase llegaría a ser Pérez y eso hacía que en cada compañero, se viera también un adversario para derrotar.

Ramoní no tenía ni un amigo, y con Buu sentado a su lado debía cuidarse mucho. Ni pellizcarse las uñas, ni equivocarse una letra porque el “perfecto” estaba siempre dispuesto a decir a los maestros lo que otros hacían mal.

Los nervios lo tenían flaco y no lo dejaban dormir. La madre le hablaba sobre lo lindo que sería trabajar en el campo con el abuelo. Ramoní pensaba a veces que ser Pérez no era para él porque cuando estaba solo se sacaba los mocos de la nariz con el dedo y se rascaba la cola.

Mientras tanto, en la escuela, empezaba la etapa del entrenamiento físico. En la clase de gimnasia les

enseñaban a caminar sin hacer ni el más mínimo ruido. A subir y bajar de las camas suavemente. Hacían ejercicios de yoga para relajar los músculos y corrían veinte cuadras por día para lograr resistencia.

Pero lo más importante para un Pérez era la agilidad. En caso de peligro, había que saber correr muy rápido ya que las personas con sus largas piernas podían ser más veloces que un ratón.

Entrenaron sin parar. Buu resoplaba en las corridas porque la agilidad no era su virtud principal y le caían gotas de transpiración que secaba con su pañuelo bordado.

—Faltan dos semanas de clases —dijo el profesor una mañana de lunes—. El viernes por la noche, haremos una carrera en la plaza. Los que suban al podio de los ganadores tendrán más cerca la posibilidad de ser Pérez.

Los alumnos se presentaron en la plaza con zapatillas deportivas. Buu tenía un perfecto conjunto blanco, recién estrenado que lo hacía parecer más petiso.

Ramoní, unas zapatillas que habían sido de su papá y le quedaban un poco grandes.

Eran treinta ratones, uno al lado del otro. El profesor dijo:

—¡Preparados, listos... ya! —Y los alumnos empezaron a correr.

Ramoní era bueno en las carreras, pero las zapatillas se le enganchaban una con la otra y lo hacían tropezar. Era uno de los últimos cuando miró hacia atrás y vio a Buuu que venía despacio con su pañuelo en la mano.

—Esta vez no podrás engañar a nadie —pensó contento y sintió impulso para correr un poco más rápido. Pasó a varios compañeros y perdió de vista a Buu que se veía como un puntito blanco al final del camino. Corrió con todas sus fuerzas. Pasó a uno, a dos, a tres, a cuatro ratones con una velocidad increíble. Recordaba las maldades de su compañero de banco y eso le daba más energía para seguir corriendo.

De pronto, vio que faltaba poco y seguía pasando compañeros. Un cartel rojo que decía “llegada” cruzaba la calle allá lejos y sintió más ganas de correr y correr.

Cruzó la línea roja escuchando los aplausos.

—Muy bien, Ramoní, muy bien —dijo el Director palmeándole la espalda— lo esperamos en el podio.



Ramoní casi no podía hablar de tan agitado que estaba. Tomó una botella completa de agua y fue hacia el podio. Ahí vio que le correspondía el segundo lugar. En el primero, con collar de flores y muy sonriente estaba Buu recibiendo los aplausos. ¡Ni siquiera estaba transpirado!

—¿Cómo....—empezó a preguntar Ramoní pero enseguida se dio cuenta de que sus quejas serían en vano.

Buu había hecho trampa otra vez. Seguramente no había respetado el circuito. No tenía sentido decirlo porque nadie iba a creerle.

Entre el público que aplaudía, Ramoní vio a un ratoncito muy parecido a Buu que tenía el mismo equipo de gimnasia.

—¿Quién es ese? —le preguntó al “perfecto” que sonreía triunfante.

—Es mi hermano menor. Igualito a mí ¿no? —dijo el ratón tramposo con esa sonrisa que ponía cuando las cosas le salían bien—. Encima mi mamá nos compra ropa igual.

Ramoní entendió la trampa. Pensó en decirle al Director, pero recordó que ser discreto era importante para un Pérez.

Volvió a su casa con la medalla del segundo puesto y aunque todos lo felicitaban, esa noche, antes de dormir pensó por primera vez...¿Será tan importante ser Pérez?

* * *

Capítulo 12

Las clases en la Gran Escuela de Ratones Pérez estaban llegando a su fin.

—Como bien saben alumnos —dijo el Director— en una semana terminarán las clases y sabremos cuál de ustedes será el Ratón Pérez del año. Falta el último esfuerzo.

Los treinta ratones se miraban unos a otros preocupados. Sólo uno. Uno sólo.

Ramoní sintió que ese puesto nunca sería suyo después de todas las cosas malas que le había hecho Buuu. Se sentía triste y cansado.

El desafío final era ir en parejas, sin maestro, a la casa de un niño a cambiar un diente por monedas.

—Yo no quiero ir con Buu —se animó a decirle Ramoní al maestro de prácticas.

—¿Por qué no? —preguntó el maestro.

—Porque, porque no nos llevamos bien —tartamudeó.

—A ver alumno Buu. ¿Usted quiere ir con su compañero de banco?

—Claro, señor, es el mejor compañero que he tenido.

—No desprecie a su compañero —dijo el maestro—, esta noche irá con él a cambiar un diente.

Ramoní estaba muy enojado. No quería ir con Buu. No quería. Mientras caminaba hacia su casa, pensaba en hacerse el enfermo, en contarle todo al Director, en dejar la escuela Pérez para siempre...

—Sí —se convenció de pronto—, me olvido de ser Pérez y me voy a trabajar al campo con el abuelo.

Hablaría con sus padres esa noche, después de cenar.

La mamá había preparado su comida preferida. El padre sirvió la limonada en los tres vasos y dijo:

—Brindemos por nuestro hijo. ¡Estoy tan orgulloso! Seguro que vas a ser el Pérez de tu clase.

Y Ramoní brindó, sabiendo que no podía arrepentirse y tendría que llegar hasta el final de su historia en la Gran Escuela de los Pérez.

Para la última prueba, se encontró con el “perfecto” a las diez de la noche en la puerta de la escuela. El Di-

rector les dio las monedas, un papel con la dirección de la casa y dijo:

—Tienen treinta minutos, si no vuelven en ese horario perderán su posibilidad de ser Pérez para siempre.

Ramoní iba muy callado, mientras Buu repetía lo que había que hacer.

—Tenemos que ser rápidos, mientras te encargas de subir las monedas a la cama yo voy buscando el diente con cuidado.

Ramoní sólo pensaba cómo ayudar a su mala suerte.

Hicieron como el “perfecto” proponía, pero algo salió mal.

—No está el diente —dijo Buu en voz baja para no despertar al niño—, aquí hay una nota que dice: “el diente está en el último cajón del escritorio”.

Un maestro les había contado que algunos niños no quieren poner los dientes debajo de la almohada y los guardan en otro lado.

Ramoní abrió con mucho esfuerzo el cajón y estaba parado en el borde buscando el diente cuando recibió un empujón y cayó dentro.

—Saludá al nuevo Ratón Pérez —dijo Buu riendo y, empujando con todas sus fuerzas, cerró el cajón. Después salió del cuarto muy tranquilo llevándose el diente.

Una vez más, lo había engañado. Ramoní tenía ganas de llorar, pero no lloró. Dentro del cajón había juguetes y también lápices con los que intentó abrirlo, haciendo demasiado ruido. Los minutos pasaban, y el ratoncito pensaba que estaba perdiendo su oportunidad.

De pronto, el cajón se abrió, y Ramoní pudo ver una niña que tenía los ojos más redondos del mundo. Lo agarró suavemente de la cola y lo llevó hasta la puerta.

—Gracias por las monedas ratoncito Pérez. ¡Te aviso que ya se me mueve otro diente! —dijo y lo dejó en la vereda.

Ramoní corrió y corrió rapidísimo. Alcanzó a Buu que caminaba despacio y tranquilo tarareando una canción cuando estaban a una cuadra de la escuela. Lo sorprendió distraído, le sacó la bolsita con el diente que llevaba en la mano y siguió corriendo con todas sus fuerzas.

—Nooo, ¡no puede ser! —gritaba el “perfecto” sin poder alcanzarlo.



Ramoní entró en la escuela corriendo.

— Veintiocho minutos —dijo el Director mirando el enorme reloj.

Buu entró, sólo algunos segundos después.

—Veintinueve minutos —anunció el Director.

— Me ganó ¡no puede ser! —seguía repitiendo Buu.

—Los dos han llegado antes de los treinta minutos, los felicito —agregó el Director escribiendo algo en su libreta.

Todos los alumnos del grupo rindieron prueba esa noche, y a la mañana siguiente, se anunciaría en un importante acto el nombre del nuevo Ratón Pérez.

Ya en la cama, Ramoní daba vueltas sin dormir. Ahora que estaba a un paso de cumplir su sueño se preguntaba: ¿Es Pérez lo que quiero ser? ¿No será mejor trabajar en el campo como el abuelo? ¿O hacer artesanías como mi mamá?

Las horas pasaban y él seguía pensando: ¿Sería Buu el triunfador? Eso sí que le iba a molestar porque sabía bien que no se lo merecía.

* * *

Capítulo 13

Mamá y papá ratón estaban muy arreglados, esperando a que Ramoní saliera del baño para ir juntos al gran acto de fin de curso.

El ratoncito tenía parados tres pelos y no se los podía bajar aunque se los mojara, o les pusiera gel.

—Apu... purate, mi amor —decía la mamá nerviosa.

En el gran salón de la escuela, estaban todos reunidos. Cantaron el himno de los ratones, y el Director subió al escenario con su libretita roja en la mano.

—Antes de nombrar al nuevo Ratón Pérez quisiera leerles algunas cosas que escribí este año —dijo abriéndola.

Ramoní tembló pensando que ahora leería en voz alta los problemas con el chupete, con la carrera, con el examen...

—“Poema al queso”—dijo el Director.

**Eres amarillo,
tu olor me trastorna,
muero por morderte,
tu sabor me colma.**

En el salón, los ratones se miraban sorprendidos. Nadie sabía que el Director era poeta, y Ramoní sonrió. ¡Qué miedo le había tenido a esa libretita roja!

Los maestros aplaudían y nadie se atrevía a cortar al poeta que seguía leyendo.

**“POEMA AL DIENTE”
Duro por dentro,
duro por fuera,
por ti mil monedas,
llevar quisiera.**



**“POEMA AL CORDÓN
DE LA VEREDA”**

**Por tu línea oscura
quiero caminar,
si me alejo mucho,
me van a pisar.**

Después de este poema, el Director cerró la libreta y lo aplaudieron de pie.

Recuperado de la emoción por haber leído sus obras, volvió al tema que todos esperaban:

—Este año, el Ratón Pérez será un alumno ejemplar. Correcto, prolijo, respetuoso, discreto, limpio, ágil, resistente, honesto, estudioso...—Y seguía enumerando las virtudes que parecían ser infinitas, mientras los alumnos y sus padres quedaron con la boca abierta y el corazón latiendo fuerte esperando que al fin, dijera el nombre del elegido.

—Este año, el nuevo Ratón Pérez es....

* * *

NOTA DE LA AUTORA PARA LOS PEQUEÑOS LECTORES:

¿Quién te gustaría que fuera nombrado Ratón Pérez?

- Si querés que sea Ramoní, leé el **Capítulo final 1**.
- Si preferís que Buu sea Pérez como su papá, leé el **Capítulo final 2**.
- Si querés otro final, podés leer el **Capítulo final 3**.

También podés leer los tres finales
y elegir el que más te gusta.
¡O podés imaginar tu propio final!

Capítulo final 1

—El nuevo Ratón Pérez es... el alumno Ramoní —dijo el Director y se escucharon aplausos. Los padres se abrazaron muy emocionados.

Mientras Ramoní caminaba hacia el escenario para recibir su medalla, Buu hizo capricho tirándose al suelo, llorando y pataleando como un niño pequeño. Una ratona bajita se le acercó.

—¡Yo quería ser Pérez mamá! ¡Yo quería ser Pérez! —gritaba Buu desconsolado. Entonces, ella sacó de la cartera un chupete, se lo puso en la boca y se lo llevó en upa como si fuera un bebé. La siguió el padre de Buu, que caminaba mirando el piso, muy avergonzado.

Ramoní subió al escenario, recibió la medalla de Pérez, y el Director le preguntó si quería decir unas palabras.

El ratoncito miró a sus compañeros, a sus maestros, a sus padres y dijo:

—¿Dónde aprendió señor Director a escribir tan lindos versos?

El Director no respondió, le dio al nuevo Pérez un abrazo y el público aplaudió enloquecido.

Desde ese día, Ramoní es Pérez.

Cambia los dientes por monedas sin hacer ningún ruido. Jamás lo descubren. Es el Pérez más silencioso y correcto. Su foto está colgada en la oficina del Director de la escuela y cuando termina su recorrida de cambiar dientes por monedas, saca su libretita azul y escribe poemas como este:

POEMA AL NIÑO
¿Tu diente se mueve?
¿se va a salir?
Movetelo mucho
¡Y voy a ir!

*** * ***

Capítulo final 2

El Director dijo:

—El nuevo Pérez es.... El alumno Buu.

—¡Buuuuuuuuu! —hicieron los otros alumnos desde su lugar. Solamente se escuchó el aplauso del padre de Buu. Festejaba que su hijo hubiera conseguido aquello que él había soñado siempre.

Buu subió al escenario y después de recibir su medalla dijo:

—Me lo merezco.

Y todos respondieron:

—¡Buuuuu!

Ramoní se quedó sentado muy tranquilo. Sus padres lo abrazaron y lo felicitaron igual porque había hecho un gran esfuerzo a pesar del resultado. No estaba triste ni estaba enojado.

Desde ese día se han perdido muchos chupetes en las casas donde hay bebés. Casualmente desaparecen

el mismo día que a sus hermanos mayores se les cae un diente. Nadie sabe bien por qué, pero el Director de la Gran Escuela de Ratones Pérez ya está investigando.

¿Y Ramoní?

Al día siguiente del gran acto, se fue a trabajar al campo con su abuelo. Y mientras mira el cielo, con sus nubes blancas y come las galletas que hace su abuela, escribe poemas como este en su libretita azul:

POEMA AL CIELO

**Tus nubes son blancas,
tu sol amarillo
y soy muy feliz,
sembrando membrillos...**

*** * ***



Capítulo final 3

—El nuevo Pérez es... el alumno Ramoní —dijo el director y se escucharon aplausos. La mamá estaba emocionadísima secándose las lágrimas, y el papá festejaba mientras él estaba muy serio mirando la libretita roja.

—¿Quiere decir algo alumno? —preguntó el Director después de ponerle la medalla.

—Sí. Muchas gracias a todos por elegirme. Es un gran honor para mí, pero lo he pensado mucho y ser Pérez no es lo que quiero en la vida. Me parece que Buu, mi compañero de banco será mejor Pérez, como su papá.

Alumnos y maestros lo miraban boquiabiertos sin entender. Buu sonreía con esa sonrisa rara, y los padres de Ramoní también sonreían.

El Director dijo que esto nunca había sucedido y que si él renunciaba a ser Pérez, los profesores tendrían que decidir quién sería su reemplazante. Entonces, Buu dejó de sonreír.

—Ya sabía que ser Pérez no lo haría feliz —dijo la mamá.

Cuando salieron del salón, los tres muy juntos, el papá preguntó:

—Entonces, ¿vas a ir al campo a trabajar con el abuelo?

—No —dijo Ramoní— yo quiero ser... ¡poeta! como el Director de la escuela...

—¿Poeta? —preguntó su papá alarmado— ¡es una locura!

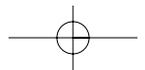
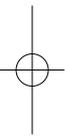
—Nunca salió un poeta de nuestra familia —dijo la mamá agarrándose la cabeza.

Pero Ramoní ya estaba pensando comprarse una libretita azul para escribir su primer poema:

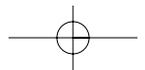
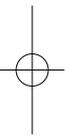
EL DEDO EN LA NARIZ

**Y nadie me reta
cuando yo sea grande
¡Seré un gran poeta!**

* * *



Otros títulos de la colección





LA CASA DE LA RISA
Doce cuentos para crecer
en el humor.



EL CUENTOMÓVIL
Un nuevo y atrapante caso
para el detective que cobra
sus honorarios en golosinas.



MISTERIO EN EL TEATRO
Una novela para no dormir,
misteriosa y divertida.

